Segundo Encuentro Internacional de Cátedras Extraordinarias

Resistencias culturales en la pospandemia

011

Edición especial
011 · Cuadernos Cátedras · CulturaUNAM

Segundo Encuentro Internacional de Cátedras Extraordinarias

Resistencias culturales en la pospandemia

Gabriela Gil

Coordinadora

Universidad Nacional Autónoma de México

México 2023

Índice

5 **Presentación**
Gabriela Gil

7 **Transmutar para sobrevivir: paradigmas culturales de la pospandemia**
Javier Ibacache V.

14 **Querido año veinte: un movimiento para el futuro**
Jimena Eme Vázquez

20 **Contra la escritura chatarra**
Laura Sofía Rivero

24 **Perderse en el acervo del cuerpo vibrátil**
Ainhoa Suárez Gómez

32 **Lectura y formación de ciudadanía después de la pandemia**
Rubén Pérez Buendía

39 **Cultura y migración: del devenir histórico**
Bruno Velázquez Delgado

48 **Sobre las autoras y los autores**

Presentación

Gabriela Gil

"La alteración cultural generada por la pandemia de covid-19 no termina de dimensionarse del todo". Esta reflexión de Javier Ibacache V. dio el banderazo para debatir durante dos días sobre algunos fenómenos o procesos que ya estaban en curso en la región antes de la pandemia y que se han profundizado con la misma, aquellos que se han transformado y algunos otros que se han reinventado a partir del 2021.

La pospandemia fue el tema central de las actividades que se realizaron durante el Segundo Encuentro Internacional de Cátedras Extraordinarias, que se llevó a cabo del 11 al 13 de octubre de 2022, como parte del Festival CulturaUNAM.

Los ejes de reflexión en los que se enmarcaron las actividades presentadas, y que dan lugar a los textos que hoy publicamos, nos remiten a inquietudes que van desde las prácticas artísticas (estrategias de sobrevivencia y formas de resistencia; los derechos humanos, los desplazamientos y las desigualdades) hasta la transformación digital *vs* brecha digital. Sobre estos procesos reflexionan las autoras y los autores que presentamos en esta edición especial de Cuadernos Cátedras dedicado a la pospandemia.

A partir de una visión hacia el futuro, Jimena Eme Vázquez y Javier Ibacache V. nos confrontan con una realidad posible. Una realidad pandémica que podría ser cíclica y que invita a la población a escribir sobre sus vivencias y experiencias en el aquí y en el ahora para ser leídas en cien años; ésta es la idea principal que desarrolla Jimena Eme Vázquez en su relato "Querido año veinte: un movimiento para el futuro". Por su parte, Javier Ibacache V., con una claridad aplastante, reflexiona sobre el impacto aún desconocido que la pandemia y el período pospandémico producirá sobre la transformación digital del desarrollo cultural.

"La brecha digital es, en rigor, una brecha cultural"; tendremos sin duda que "transmutar para sobrevivir".

Desde el acto de escribir y los retos que tienen la escritura y los escritores durante y después de la pandemia, Laura Sofía Rivero y Rubén Pérez Buendía nos enfrentan a dos realidades. La primera, nos hace pensar sobre la reiterada exigencia de la sociedad de consumo de producir contenidos y llenar vacíos sin importar con qué: "todo vale", es lo que la autora denomina "la escritura chatarra". En la segunda, Pérez Buendía puntualiza que la verdadera formación de ciudadanía después de la pandemia requiere más que nunca de la clara intención de formar ciudadanos críticos y creativos. En este sentido, según el autor, una de las maneras más efectivas es hacerlo a través de la lectura profunda: "Un ciudadano no se puede formar con un pensamiento crítico si no ha ejercido la lectura de manera crítica".

Por su parte, Ainhoa Suárez Gómez realiza, desde una perspectiva filosófica-arqueológica, una interesante aproximación al cuerpo como archivo: gestos, patrones de movimiento y ritmos internos que construyen "la poesía de un cuerpo-archivo" de un "cuerpo vibrátil", de una "danza mínima".

Para abordar los fenómenos migratorios humanos y las difíciles situaciones del desplazamiento forzado, Bruno Velázquez Delgado nos invita a visibilizar las situaciones de expulsión, tortura, maltrato y violencia que viven en la actualidad cientos de miles de personas migrantes en la región y en particular en México, y hace un llamado a reconocer la flagrante violación de derechos humanos que de forma sistemática y metódica se realiza día con día, más visible aun en tiempos pandémicos.

Agradezco a las y los participantes que hicieron posible este Segundo Encuentro Internacional de Cátedras Extraordinarias, muy especialmente al espíritu colaborativo de las Cátedras de CulturaUNAM y a les invitades que abordaron, desde múltiples perspectivas, el accionar de una práctica cultural que difícilmente volverá a lo que conocimos.

Mi agradecimiento de siempre a la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, a Socorro Venegas, su directora, y a todo su equipo, por acercar una vez más estas reflexiones al público universitario. •

Transmutar para sobrevivir: paradigmas culturales de la pospandemia

Javier Ibacache V.

Introducción

La alteración generada por la pandemia de covid-19 no termina de dimensionarse del todo. El impacto en el campo cultural se resiente a diario en procesos, modelos y prácticas. Si bien la temporada de reapertura de espacios y el retorno a las actividades presenciales ha ido acompañada de efervescencia y optimismo durante el último año, en la práctica las organizaciones culturales se han visto forzadas a revisar su *modus operandi* para adaptarse a los cambios de hábitos de sus públicos.

El escenario de transformación resuena en los formatos de creación artística y tiene como paisaje de fondo una revolución digital que busca acentuar todavía más la dependencia de plataformas virtuales de la mano de entornos inmersivos.

¿Cómo abordar los paradigmas culturales que se articulan en la pospandemia? ¿Será necesario una vez más transmutar para sobrevivir?

Es indudable que la década de 2020 pasará a la historia signada por la pandemia y la pospandemia de covid-19; lo que no es claro es la frontera que separará a un proceso de otro. Además del control de la propagación del virus, se espera que en una fase de superación de la crisis haya al menos reapertura de servicios, levantamiento de las restricciones de viaje, recuperación de las actividades sociales y plena circulación por el espacio público. De ser así, se diría que 2022 ha sido el año de cruce del umbral para encontrarse con el nuevo orden que ha modelado el coronavirus.

Para las organizaciones culturales ha sido una temporada de prueba e incertidumbre, de efervescencia y pragmatismo. Por una parte, se ha celebrado ruidosamente la idea del

reencuentro y se han redescubierto los atributos de las actividades presenciales bajo el manto de lo que hoy se denominan *artes vivas,* puestas al servicio de las causas que predominan en el debate social. Por otra, la acelerada transformación digital ha configurado silenciosamente un escenario de nuevos hábitos, prácticas y costumbres a la medida de los intereses individuales que ya se vislumbraban antes de la pandemia.

En opinión del ensayista Bruno Patino, en el mundo poscovid-19 habrá de acentuarse la dependencia de las pantallas y la reducción del tiempo de atención de no mediar una estrategia global frente a la civilización del *scrolling,* caracterizada por el deslizamiento incesante sobre *selfies*, posteos o videos de registro doméstico. “Sin posibilidad de descansar, atiborrados de dopamina, no relajamos nunca la vigilancia. La alerta permanente, la explotación de nuestra pasividad, el halago de nuestro narcisismo y el anuncio inmediato de lo que vendrá son el ritmo que acompasa nuestra existencia digital. Queríamos elegir, el vértigo que da el control de la información y de las señales, pero lo que nos acecha es la realidad de la dependencia”.[1]

Los estudios de públicos y de predisposición de las personas frente a la actividad cultural que ha seguido a la emergencia sanitaria describen un modelo de espectador volátil, crítico y participativo, con inclinación por interactuar o vincularse con los contenidos creativos y patrimoniales de una manera distinta a como ocurría en el mundo precovid-19.

Este cambio es relevante especialmente en jóvenes y adolescentes, de acuerdo con la encuesta *Deloitte Insights* de marzo de 2022 realizada en Estados Unidos, Reino Unido, Alemania, Brasil y Japón. La indagación sugiere que luego de dos años de pandemia, los también llamados “nuevos públicos” han acentuado la valoración y preferencia de experiencias digitales inmersivas (como Realidad Virtual o Realidad Aumentada) por sobre las plataformas de *streaming* popularizadas durante los confinamientos.[2]

1 Bruno Patino, *La civilización de la memoria de pez,* Madrid, Alianza Editorial, 2020.

2 Kevin Westcott, “2022 Digital media trends, 16th edition: Toward the Metaverse”, *Deloitte Insights*, 28 de marzo de 2022. Disponible en:

El observatorio de públicos encabezado por el consultor Alan Brown en Estados Unidos, desde mayo de 2020 hasta fines de 2022, aporta pistas similares. En sus últimos reportes cifra en más de 20% el segmento de espectadores que se declaran renuentes a volver a los espacios culturales a la par de la preferencia por otras alternativas y nuevos perfiles de audiencias. “El público ha adoptado experiencias inmersivas. Esto no sólo va a crecer sino que va a explotar en los próximos años”, proyecta en uno de sus informes finales.[3]

Brecha digital, brecha cultural

El primer trimestre de 2023 ha venido a reafirmar las expectativas frente a las experiencias digitales interactivas a causa del fervor que ha acompañado la puesta en línea de modelos de Inteligencia Artificial (IA) que entregan al usuario las herramientas para generar de manera instantánea todo orden de contenidos —como DALL-E o ChatGPT—, confirmando los vaticinios del crítico Boris Groys sobre el desplazamiento en el mediano plazo de la noción de público-destinatario. “La relación tradicional entre productores y espectadores tal como lo establecía la cultura de masas del siglo XX se ha invertido. Mientras que antes un pequeño grupo de elegidos producía imágenes y textos para millones de lectores y espectadores, ahora millones de productores producen textos e imágenes para un espectador que no tiene tiempo o tiene muy poco tiempo para leer y ver”.[4]

El impacto de los nuevos sistemas de IA en los procesos de creación será tan determinante como en su momento lo fue la aparición de internet, en opinión de los analistas más

https://www2.deloitte.com/us/en/insights/industry/technology/digital-media-trends-consumption-habits-survey/summary.html, consultado el 12 de junio de 2023.

[3] Rob Weinert-Kendt, “If You Rebuild It, Will They Return?”, *American Theatre*, 20 de marzo de 2023. Disponible en: https://www.americantheatre.org/2023/03/20/if-you-rebuild-it-will-they-return/, consultado el 12 de junio de 2023.

[4] Boris Groys, *Volverse público,* Buenos Aires, Editorial Caja Negra, 2016.

optimistas que siguen el día a día de los programas. Se esperan transformaciones en las modalidades de autoría, en los formatos de piezas y obras, en los sistemas de promoción y distribución, y en los métodos de análisis e interpretación.

La generación automática de contenidos dinamizará ámbitos como la música, el diseño, la escritura de textos y la elaboración de imágenes, además de facilitar la concepción y desarrollo de creaciones más complejas. De hecho, ya circulan los primeros libros coescritos con estos sistemas, como *Los campos electromagnéticos,* de Jorge Carrión, que incluye capítulos desarrollados con la asistencia de GPT-2 y ChatGPT.[5]

Agentes y organizaciones culturales encontrarán además en los nuevos modelos de IA un asistente para analizar y predecir tendencias y mejorar la experiencia de los públicos a partir del estudio de conjuntos de datos, o establecer relaciones más personalizadas con sus visitantes en el caso de los museos.

El llamado *arte generativo* —caracterizado por el uso de algoritmos y técnicas de IA para crear obras de manera automática— podría experimentar un impulso que reactualice los ideales de las vanguardias de un siglo atrás con máquinas creando arte de manera independiente según reglas y parámetros predefinidos, y enfoques críticos que hagan ver la carencia de la autenticidad del arte tradicional.

Mientras las corporaciones desarrolladoras de software y de sistemas de aprendizaje automático ajustan sus modelos de gestión, los usuarios seguirán viendo sus pantallas saturadas de novedades y de recursos de creación, y se describirán nuevos síndromes en el ámbito de la salud mental, como la *fatiga de decisión*, diagnosticada durante el confinamiento, entre quienes experimentan ansiedad y parálisis frente a un catálogo o interfaz de múltiples opciones.

En su momento, el sector cultural se enfrentará a interrogantes hasta ahora esquivadas o pospuestas, en virtud de la contingencia la mayor parte de las veces. Acaso la más evidente sea que la brecha digital es, en rigor, una brecha cultural y que compete a los agentes del campo abordarla con

[5] Jorge Carrión, *Los campos electromagnéticos,* Buenos Aires, Editorial Caja Negra, 2023.

tanto énfasis como el que se viene mostrando ante las comunidades, las disidencias y los territorios. ¿Es posible pensar a futuro estrategias de desarrollo o formación de públicos sin considerar el alcance del analfabetismo tecnológico?

El rol de los algoritmos de recomendación como prescriptores, curadores de contenidos y programadores artísticos se debatía en la antesala de la pandemia con una preocupación similar a la que se mostraba por los formatos efímeros de autodocumentación de la experiencia entre adolescentes.[6] En la actualidad, ambos fenómenos forman parte del paisaje sobre el cual se despliega el diseño de identidades y de avatares como un espíritu de época deudor del videojuego.

En ese entorno, las creaciones artísticas herederas de los formatos contemporáneos se hacen más precarias —como plantea la ensayista Remedios Zafra[7]— a consecuencia de la celeridad, el remix (la posibilidad de generar una nueva versión a partir de una obra) y la caducidad, y son condenadas a ser sustituidas rápidamente por lo más nuevo y lo más visto. O bien, a ser almacenadas o archivadas en soportes digitales. Su circulación se acelera, excede aparentemente a las necesidades de los espectadores, y sólo resta apoyarse en el interés por emocionar y no pensar.

En uno u otro caso de proyecciones fervorosas o sombrías se hace manifiesto un cambio en la vivencia del presente —en específico, de la experiencia estética— y en la relación con el tiempo —determinante para la apreciación artística o el acercamiento a nuevos imaginarios—, legado de las experiencias mediadas por pantallas que masificó la pandemia.

Inmersión futura

Si los nuevos sistemas de IA alteran los procesos creativos y radicalizan la transición de los otrora espectadores hacia el rol de programadores y generadores de contenidos, la transformación digital pospandémica conduce también hacia nuevos entornos digitales que se distinguen por su

[6] Éric Sadin, *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*, Buenos Aires, Editorial Caja Negra, 2017.

[7] Remedios Zafra, *El bucle invisible*, Madrid, Ediciones Nobel, 2022.

carácter inmersivo y que cumplen una promesa que data de la década de los sesenta del siglo pasado, como lo resaltan Irina Grevtsova y Joan Sibina.

"Lo propio de estas experiencias es la inmersión en una atmósfera física o en un entorno generado digitalmente o mediante efectos analógicos sensoriales, cuyo impacto depende de cuánto está mentalmente involucrado el espectador, de cuánto participa en lo que está sucediendo y de cuántos de sus sentidos están activos", subrayan.[8]

Asentadas en los aprendizajes generados por la industria del videojuego, la Realidad Virtual y la Realidad Aumentada, las experiencias inmersivas digitales pos-2021 apuntan a dar forma a un nuevo espacio común en el universo virtual, bajo la denominación de Metaverso, que permita a usuarios interactuar de manera más realista y profunda con los contenidos digitales, y dar la sensación de estar presentes junto a otros visitantes en el mismo entorno.

Para las organizaciones culturales es la oportunidad de configurar imaginarios o abrir la puerta hacia universos creativos virtuales, como ya lo vienen haciendo las muestras inmersivas presenciales basadas en la producción de grandes artistas que movilizan a una audiencia creciente en las grandes ciudades en las que se presentan.

La mayoría de los analistas plantean que el Metaverso es el futuro de internet en tanto señala un cambio cualitativo en la experiencia que pueden tener las personas. Aunque de momento no existe sólo un Metaverso sino un amplio número de Metaversos, se espera que a futuro se haga factible transitar por ellos de manera fluida, como parte de un sistema integrado.

En la mayoría de los casos, son accesibles a través de internet o de dispositivos de Realidad Virtual, y son utilizados para jugar, socializar, trabajar o aprender en tanto existen múltiples mundos virtuales con diferentes temáticas y ambientes.

Para su consolidación deben cumplirse varias condiciones en el mediano y largo plazo, como la creación de una Realidad Virtual tan compleja y realista que pueda ser

[8] Irina Grevtsova y Joan Sibina, *Experiencias inmersivas culturales. Formatos y tendencias,* Madrid, Books on Demand, 2020.

utilizada como forma de vida alternativa. También se requiere superar desafíos técnicos y de diseño, como la resolución de pantalla, la sensación de presencia, la interacción, y la implementación de medidas de seguridad y privacidad.

En el corto plazo, su masificación está sujeta a la aparición de nuevos modelos de cascos y dispositivos de fácil uso y acceso. Con todo, se proyecta que permitirá a los usuarios crear y compartir obras de arte en diferentes formas y estilos, participar en experiencias artísticas o vivenciar tales contenidos de otras maneras. Esto se traducirá en el alcance de nuevas audiencias y en la innovación y personalización de la relación que se establezca con las creaciones, haciéndolas más accesibles, al resolver factores como la ubicación geográfica o la disponibilidad de tiempo.[9]

En el futuro será posible, por ejemplo, elegir desde qué ángulo ver una obra o encontrarse con públicos de otras regiones para asistir juntos a un estreno en el nuevo entorno, como ya ha ocurrido con la transmisión de la ópera *La nariz,* de Dmitri Shostakóvich, en versión del Teatro Real de Madrid, en marzo de 2023. También se acentuará la interacción y la colaboración con proyectos, o se impulsarán experiencias de cocreación en tiempo real.

No obstante, los modelos generativos de IA y el desarrollo del Metaverso acentuarán la creciente dependencia en los algoritmos, la fragmentación de los contenidos y el predominio radical de la inmediatez. Articular experiencias duraderas y significativas en ese contexto se alzará como el principal paradigma de reconversión del mundo de la cultura: transmutar para sobrevivir. ●

[9] Carlos Scolari, *La guerra de las plataformas. Del papiro al Metaverso,* Madrid, Anagrama, 2022.

Querido año veinte: un movimiento para el futuro

Jimena Eme Vázquez

La felicidad y la tranquilidad se aprenden a construir y a procurar a lo largo de la vida, mientras que las desgracias parecerían en ocasiones contadas y agendadas de antemano: se vive esperando la siguiente, preguntándonos qué tan fuerte o larga será. Esas desgracias vienen muchas veces acompañadas de lágrimas, pero también con la firme promesa de un aprendizaje. Por cada cosa mala que nos pase, es muy probable que también aparezca por ahí una persona que nos recuerde el enorme capital de experiencia que la desdicha deja como legado. La experiencia, propia o ajena, es materia prima del consuelo.

En 2020, al mundo entero le sucedió la misma desgracia. Uno a uno, los países fueron cayendo en la emergencia sanitaria causada por el covid-19. El desconcierto y el miedo se apoderaron de gran parte de la sociedad, mientras otra se resistía con uñas y dientes y pensaba (probablemente hasta hoy) que todo era producto de un engaño.

Las teorías de conspiración nos explican asuntos complejos de manera sencilla: se piensa que hay un orden secreto que controla el curso de nuestras vidas. Por supuesto que son explicaciones falsas, fundadas en argumentos inexactos, puestos a propósito para cuadrar una realidad. Sí, probablemente sea más fácil creer que toda la pandemia fue una farsa: eso ayudaría a conjeturar que todas las muertes fueron un espejismo, que el daño psicológico generalizado fue un invento y que en realidad estamos bien y siempre lo estuvimos. Sería más fácil pero no sería real.

Sin embargo, también reconozco que hay algo del pensamiento mágico en las teorías de conspiración que me atrapa. Sé muy bien que el cerebro humano se construye

trampas a sí mismo para engañarse; pero de todos modos, con algunos trucos, elijo sorprenderme y creer.

En torno a la pandemia hay una teoría que dice que cada cien años ocurre algo semejante: una enfermedad aparece y mata a un montón de personas. Alrededor de 1920 fue la gripe española; en 1820 fue el cólera; en 1720 la peste de Marsella; en 1521 los españoles usaron involuntariamente la viruela como arma biológica en la conquista. Y así hasta llegar al siglo XIV con la peste negra. Hay oportunas coincidencias, pero también es un recuento que deja fuera a muchas enfermedades igualmente terribles que ocurrieron en décadas distintas, además de que el territorio abarcado por la epidemia y el número de muertes son altamente variables. Aun así, cuando hay ganas de colaborar con la premisa, podemos admirarnos de que en cada siglo se repita esta situación. ¿Qué habrá en el centro de la Tierra, en el polvo del universo o en los planes de alguna raza superior para que esta maravilla suceda?

El proyecto epistolar *Querido año veinte* (*QA20*) parte de la certeza de que, si esto de las enfermedades ha sido recurrente durante casi un milenio (que sepamos), por supuesto que va a volver a suceder en el 2120. Tenemos el firme objetivo de que los hipotéticos y futuros habitantes de la Tierra se sientan mejor preparados cuando sus síntomas lleguen. Aunque otra cosa es cierta: nosotros no estaremos aquí cuando eso suceda.

Si las enfermedades/epidemias/pandemias se presentan cada cien años, aproximadamente, significa que la experiencia de primera mano no existe. No hay a quién preguntarle. Cuando en septiembre de 2017 el suelo de la Ciudad de México se sacudió tal y como lo había hecho 32 años antes, una buena parte de la población sabía qué hacer, porque era algo que ya había visto. Era un dolor distinto y nuevo, pero también había personas capaces de evitar ciertos errores y de amortiguar daños secundarios gracias a su experiencia en 1985. El comparativo de los 32 años estuvo presente durante todo el proceso y quienes lo vivimos por primera vez al menos teníamos el consuelo de quienes ya cargaban dos rondas de escombros en sus espaldas. No importa de qué se trate: saber que no se es el primer ser humano al que le ocurre algo, otorga calma.

Si las enfermedades se separan por un siglo quiere decir que, en cada turno, todas las personas tendrán exactamente el mismo desconcierto y que las fallas ocurrirán como si fuera algo nunca visto en la historia de la humanidad. Si creemos que en cada siglo habrá una pandemia, debemos aceptar que en todos los casos será una pandemia que habrá de vivirse en profunda soledad.

Pero no todo está perdido: si no es posible que el consuelo llegue de una persona viva, podemos escribirlo en una o varias cartas, y mandarlas al mar del tiempo, metidas en una botella, con la esperanza de que encuentren su destinatario en la tierra firme del futuro.

QA20 fue un trabajo conjunto de la Escuela de Niños Escritores, la Cátedra Extraordinaria Ingmar Bergman, TV UNAM, la Escuela Nacional Preparatoria y el Colegio de Ciencias y Humanidades. El objetivo fue generar textos que recopilaran esas experiencias y ese consuelo. Un total de 28 estudiantes, de entre 12 y 18 años, escribieron poemas, instrucciones y testimonios para dejar evidencia de cómo es que se vive una pandemia: qué les pasa a los cuerpos, a las mentes, cómo es relacionarse (o no) con otras personas que pasan por lo mismo. Con esos textos se hizo una publicación y además se seleccionaron fragmentos para la elaboración de algunos guiones que TV UNAM tomó para realizar diez cápsulas que se transmitieron en televisión abierta y en cuyas grabaciones también participaron las y los autores.

El contenido del *QA20* advierte a sus lectores que no será fácil, que será cansado y que habrá dolor con cada pérdida. En sus páginas se recomienda seguir las indicaciones y no ceder a la tentación de creer que todo es una farsa; se habla de los errores que como sociedad cometimos al inicio, cuando esta rareza llevaba apenas unas semanas y creímos que con comprar todo el papel de baño se solucionaba algo. Pero sobre todo, en la gran mayoría de las cartas, se invita a mantener la esperanza. Porque nos han dicho que “esto también pasará”. Y es verdad.

Los textos fueron escritos a principios del 2022, cuando el inicio “oficial” de la pandemia estaba cumpliendo dos años. Eso quiere decir que ya había mucha experiencia de por medio y que, aunque las sesiones de escritura en las que se generaron los textos ocurrieron todavía en reuniones

virtuales, ya podíamos ver la luz al final del túnel. Ya se nos ofrecía la "normalidad" en pequeñas dosis, con uno o dos días de escuela presencial cada semana y las actividades culturales a medio gas. Estábamos en el mejor momento para escribir estas cartas: el capítulo de encierro absoluto estaba llegando a su fin, pero todavía lo teníamos muy presente, no se podía decir que hubiera quedado en el pasado.

Los textos tienen muchos puntos en común: están hermanados entre sí y algunos plantean preguntas que se responden con la carta de alguien más. No obstante, aunque puede parecer que hay reiteraciones en el conjunto, debemos verlo con los ojos del futuro, no con los ojos de quien también lo vivió y ha escuchado a decenas de personas reproducir la misma idea. El *QA20* no cumple la misma función para el presente que para el futuro, pero es cierto que ambas poblaciones son sus destinatarias.

En los momentos posteriores a la desdicha, cuando eso que primero fue una emoción en las vísceras parece aligerarse y llegar hasta el cerebro, es tiempo de transformar la experiencia en ideas, argumentos y nuevas leyes de vida. Invitar a estudiantes de nivel medio superior a dejar por escrito su perspectiva, tanto en el texto como en las cápsulas audiovisuales de TV UNAM, significaba recoger el testimonio de un grupo de personas que vivió la pandemia desde cierta quietud. La adolescencia es un momento de transición, donde se tiene una gran cantidad de referentes, lo que hace que los mecanismos del mundo puedan leerse con mayor precisión. En la adolescencia se abraza lo complejo y se negocia conscientemente para decidir qué clase de persona se quiere ser: se da rienda suelta a la empatía. Y todo esto, en muchos de los casos, viene enmarcado en el cuidado que alguien más hace de sus personas. Padres, madres, tutores y tutoras están ahí para proteger y proveer lo que haga falta.

Muchos adolescentes vivieron la pandemia con una visión panorámica, enterándose de todo a través de las redes sociales y observando de cerca los procesos del resto de su familia. Recibieron y entendieron todo lo que era posible entender. Es por eso que *QA20* se interesó en estos testimonios antes que en cualquier otro. Ese vértigo que se tiene ante la vida, apostarle al futuro con toda la fe y todo el

miedo, es la manera en que se enfrenta una enfermedad desconocida y como suele vivirse la adolescencia.

De cualquier manera, aunque *Querido año veinte* recopila 28 textos, en la propia publicación, en el proyecto y en este ensayo se es consciente de que las cartas y los instructivos nunca serán suficientes. Cada persona puede tomar una hoja y abonar alguna frase más a este legado de experiencias. La gente del futuro lo agradecerá. Más que un proyecto, *QA20* podría declararse un movimiento. Más allá de las cartas escritas en febrero de 2022, hay que pensar que en algún rincón del mundo hay otra carta, y otra, y que debajo de alguna piedra —o entre las hojas de un libro— puede haber una más. La invitación, implícita y explícita de este proyecto, es a sembrar la evidencia de nuestro paso por el mundo en todos los rincones que haga falta. Así que, en caso de que este ensayo deba servir para reproducir el ejercicio, he aquí las instrucciones para ser parte del Movimiento *QA20*:

1. Piensa en el futuro. Primero poco a poco: la semana que entra, el siguiente mes… y continúa así hasta llegar al siglo… Visualiza a las personas que habrán de vivir en ese tiempo.
2. Dispón de una hoja de papel o de algún dispositivo electrónico para llevar a cabo la escritura. Recuerda que el internet puede que no sea eterno, así que prevé un soporte análogo, por si acaso.
3. Prepárate un té o una bebida reconfortante.
4. Escribe.
5. Una vez que hayas terminado el texto, escucha una canción que esté de moda para volver al presente.
6. Guarda tu carta en el lugar que te parezca más conveniente. Si deseas enterrarla, consigue una pala. Haz copias si crees que es necesario.

A nombre de las personas del futuro, gracias.

Nota final

Querido año veinte surgió como un ejercicio de escritura en el grupo de adolescentes de la Escuela de Niños Escritores,

del que soy responsable desde finales de 2016. En la última clase de 2020, el sábado 19 de diciembre, pedí al grupo que hiciera acopio de su experiencia y que escribiera *algo* para las personas del siguiente siglo. La premisa no me pareció particularmente brillante, pero los textos que generaron me hicieron pensar que esto tenía que repetirse. Más adolescentes debían escribir sobre lo que habían aprendido luego de atravesar una pandemia. La gente del futuro y la gente del presente merecían saberlo.

Este proyecto/movimiento existe gracias a lo que esa tarde escribieron Sofía, Darío, Esteban, Lucio, Emmanuel y Liliana. Aquel 19 de diciembre fue un gran día para la literatura y para el futuro. •

Contra la escritura chatarra

Laura Sofía Rivero

La escritura está en todas partes. Ya sea en el anuncio fosforescente de un negocio, en aquel letrero pegado en un poste para buscar un perro perdido e incluso en la camiseta de un transeúnte que me informa de la existencia de una banda de rock que nunca he escuchado. Ni qué decir de esa retahíla que abarrota nuestras pantallas: mensajes de texto recibidos a todas horas, peleas salvajes que acontecen en 280 caracteres, donde una sarta de desconocidos se insulta sin compasión. Está también en ese *spam* que, según dicen, conforma casi la mitad de todo el correo electrónico que se recibe al año en el mundo. A diferencia de aquellos entusiastas que celebran el vivir en una época en la que leemos más que nunca, yo no puedo dejar de sentirme abrumada por esas letras omnipresentes: con su existencia desbordada de enredadera parecen decirnos que importa más la cantidad que la calidad.

Sé que no soy la única persona presa de este hastío. Es cansado tener que estar disponible para los demás las veinticuatro horas del día y contestar mensajes al por mayor. Escribir se ha convertido en un teclear incesante, somos una maquila de palabras. En otros siglos, definitivamente ésta era una actividad menos accesible: sin luz eléctrica, los seres humanos se hallaban a merced del sol o de las velas; los instrumentos que se empleaban no tenían la rapidez de nuestros teclados o bolígrafos. Tampoco existían las copias de seguridad que hoy resguardan todos nuestros borradores. Basta con recordar aquella anécdota en la que Carlyle le prestó un manuscrito a John Stuart Mill sin sospechar que su ama de llaves habría de quemarlo en la chimenea por descuido, obligándolo a redactar todo desde cero. Pero hoy en día escribir no sólo resulta sencillísimo, sino que parece

incluso una obligación. Es la manera que tenemos para constatar nuestra existencia, para hacernos presentes. Lo que no se registra y no se hace público, piensan algunos, no ha pasado.

Me pregunto: ¿qué significa escribir literatura en un mundo ya de por sí repleto de palabras? No sé si acaso ocurra lo mismo que experimento, por ejemplo, con la ubicuidad de la fotografía. Lo que para mis abuelos era visto como un milagro —la posibilidad de captar un instante— yo no lo puedo ver sino con desgano. Me gustaría saber qué se siente guardar fervorosamente una foto impresa. Pero, desde que nací, mi existencia está registrada casi por completo; hay tantas imágenes de mí que necesitaría nacer de nuevo para tener el tiempo de verlas todas. Por eso, confieso que me produce mayor satisfacción dosificarlas y escogerlas con cuidado o, mejor aun, huir de ellas y confiar en la fragilidad de mi memoria.

Este rechazo no es sino muestra evidente de que la magia de los inventos también se automatiza y olvida. El antídoto ante ese hastío no necesariamente consiste en evadir su uso, sino en aprovechar dicha mecanización como un acicate para la creatividad. Cuando me siento más atosigada por estar inmersa en un tiempo obsesionado con los autorretratos, recuerdo a manera de paliativo que sin las cámaras fotográficas no existiría el Impresionismo tal y como lo conocemos. La invención del daguerrotipo y su posterior perfeccionamiento replanteó la pertinencia de la pintura realista. Como el pincel no podía competir con la fidelidad de las fotografías, esta dificultad se convirtió en el estímulo necesario para que un grupo de pintores se atreviera a captar lo que la cámara no podía: no la precisión de las imágenes, sino sus accidentes y emociones; no la quietud que aún nos exige el fotógrafo para que la imagen no salga borrosa, sino el movimiento imprevisto; no la rigidez del retrato, sino la seductora transformación de los objetos ante los mínimos cambios de luz.

Ante la proliferación de la escritura chatarra —eso que los mercadólogos llaman “contenido”, porque su finalidad es llenar los vacíos sin importar con qué— he visto que muchas personas creen que la literatura debe recuperar sus espacios perdidos combatiendo en los mismos términos.

Que sea igual de entretenida que una serie televisiva. Que los títulos enganchen, como lo hacen aquellos anzuelos engañosos que hemos llamado *clickbait*. Que los textos sean breves para que puedan competir con la moda de los videos cada vez más cortos. Cinco segundos de atención, dicen, es lo máximo que alguien destina hoy en día a un mensaje antes de pasar a otro. Pero instalar a la literatura en esta carrera incesante donde triunfa lo más fácil y lo más procesado, me parece equivalente a obligar al pincel a ser más exacto que la cámara; una disputa imposible de ganar.

¿Qué puede hacerse para ver en el lenguaje algo que no sea sino la simple acumulación de basura electrónica y mental que tanto nos satura? ¿Cómo quitarle esa pátina de aburrimiento y automatismo? Me he dado cuenta de que el sopor en el que me sumergen las pantallas hace que comiencen a germinar ganas por pensar en otras cosas y encontrar otros ritmos que sólo cierta literatura audaz es capaz de satisfacer. Libros cuya voluntad mayor es resignificar lo que ya no importa. Y que se preguntan, como sucedió con los impresionistas, qué es lo que los medios de expresión más novedosos o al alcance no pueden hacer para, justamente, llevarlo a cabo.

Esa falta de rapidez que muchos ven como una limitación —porque los videos, las series y los *posts* son más digeribles que una novela o un poema— no me parece un obstáculo, sino un incentivo para buscar la diferencia y practicarla aun más. En lugar de compadecernos porque la literatura nunca estará al nivel de aquellos medios voraces, deberíamos alegrarnos de tener un espacio donde es posible explorar todo lo que en ellos no se puede desplegar.

Por eso me parece que nuestra vida virtual nos invita a reinventar las fórmulas que rigen nuestra comunicación más fútil: el *fragmento*, el *culto al yo* y la *homologación de las palabras*. El *fragmento* porque la extensión en la que solemos pensar por escrito digitalmente tiende a ser muy reducida. Como no todo puede caber allí, se premian la inmediatez y los arrebatos. Se celebran las frases pegajosas que no dicen mucho más. Por su parte, el *culto al yo* es el instigador del narcisismo; nace del afán de mostrarnos impolutos y perfectos, siempre dando nuestra mejor cara, siempre en busca del aplauso, de la aprobación y del

prestigio. Un miedo al qué dirán que nos hace rechazar nuestra propia vergüenza y las zonas grises de quienes somos, obligándonos a asumir una postura tajante en temas de los cuales tenemos más preguntas que certezas.

Probablemente la *homologación de las palabras* cotidianas sea el territorio más rico para la experimentación. Un *trending topic* no es sino la incitación a estrechar el vocabulario: para ser visto y pertenecer a un grupo, se debe hablar en los mismos términos, olvidar el lenguaje personal con el que nos explicamos el mundo a nosotros mismos. Comporta todo lo contrario de la aspiración literaria por transformar el lenguaje en algo nuevo. Basta con recordar que, como dice Antonio Alatorre, "el idioma no es tanto un aliado cuanto un enemigo del poeta. La victoria que significa cada acto creador es ante todo una victoria contra el lenguaje, ese hecho general, tradicional, ya petrificado, convertido en molde. El poeta tiene que volverlo incandescente, tiene que hacerlo vibrar como si fuera un instrumento nunca antes pulsado".[1]

Por ello, que escribir sea una lucha contra todas las palabras chatarra que atiborran nuestra vida. Una forma de densificar lo aplanado, de comprender esas aristas de la experiencia humana aún ocultas. Mientras la vida en la red se afana en complacernos mediante múltiples estímulos monótonos, la literatura puede ofrecer el aire fresco de lo que no encuentra su sitio allí. A diferencia de la comunicación virtual que nos exige una respuesta a la pregunta de quiénes somos, la literatura nos da la oportunidad de hacer el misterio más grande. ●

[1] Antonio Alatorre, *Ensayos sobre crítica literaria*, México, Colmex, 2012, p. 28.

Perderse en el acervo del cuerpo vibrátil[1]

Ainhoa Suárez Gómez

Me recibe una bóveda enorme con un orificio central que deja pasar los rayos que iluminan un punto en el que convergen varios pasillos dispuestos en forma circular. La arquitectura emula la estructura del panóptico, aquella célebre construcción utilizada principalmente en prisiones para garantizar la vigilancia y control de las personas ahí congregadas. No en vano este espacio llegó a fungir por décadas como la Penitenciaría del entonces Distrito Federal. En las celdas por las que alguna vez transitaron William Burroughs, José Agustín y David Alfaro Siqueiros hoy se resguardan unos diecisiete millones de documentos: manuscritos, cartas, testamentos, tratados e incunables.

La historia de la transformación del antiguo Palacio de Lecumberri al ahora Archivo General de la Nación, ofrece un primer acercamiento a la acepción más tradicional de la palabra archivo: un espacio institucional de registro, conservación y estricto resguardo —similar al que se lleva con una persona presa—, de documentos públicos que constituyen

[1] El presente texto es una escritura coral dispuesta y fomentada por la Cátedra Extraordinaria Gloria Contreras en danza y sus vínculos interdisciplinarios de la UNAM, coordinada por Raissa Pomposo y producida por Adriana Dowling, con el objetivo de reflexionar sobre las implicaciones estéticas, afectivas y políticas sobre el cuerpo, especialmente sobre la investigación de lxs cuerpxs como reservorios de signos, sentires y saberes. Raissa y Adriana reunieron cuatro miradas distintas y contrastantes, pero no antagónicas: la de Silvana Zuanetti, la de Evoé Sotelo, la de Gervasio Cetto y la mía. Colectivamente creamos una dinámica de intercambio, crítica y disfrute de nuestras perspectivas que se hilvanan en las siguientes páginas.

el patrimonio de una sociedad. Archivos nacionales, regionales, locales, navales, eclesiásticos, universitarios que, a pesar de sus diferencias específicas, albergan historias y las protegen del olvido.

A finales de los años sesenta del siglo pasado, Michel Foucault propuso un giro terminológico que transformó el sentido de esta palabra, haciéndola virar de la idea del espacio que vigila y conserva documentos a la práctica discursiva a través de la cual combinamos ideas para dotar de sentido al mundo; de la institución de control a la acción significante y relacional. En su *Arqueología del saber*, el filósofo explica esto refiriendo al archivo como el encuentro con un vasto universo de voces y vidas narradas que cuentan historias una y otra vez. Bajo este nuevo estatus teórico, el archivo dejaba de ser la prisión-bodega documental para convertirse en una praxis de (trans)formación de corpus de discursos. Una praxis abierta a cada instante que "hace que todas esas cosas dichas no se amontonen indefinidamente en una multitud amorfa, [...] sino que se agrupen en figuras distintas, se compongan las unas con las otras según relaciones múltiples, se mantengan o se esfumen según regularidades específicas".[2]

Curiosamente, mientras escribo estas palabras (re)descubro la cicatriz que llevo en la muñeca derecha y que me hice de niña. Es una marca a la que rara vez presto atención pero que hoy me transporta al patio de mi primaria, al olor de mi uniforme, a la sensación de los dientes chiclosos después de morder una paleta. Al instante me vuelvo consciente de que no sólo con mis manos creo palabras, también con mis muñecas, mis brazos, mis piernas, mi cuerpo entero. De pies a cabeza devengo en una máquina de escribir que crea esos discursos, esas figuras que Foucault apunta. Porque, así como el archivo no es simplemente un edificio de resguardo patrimonial, tampoco la escritura es solamente marcar con tinta la página en blanco. Se escribe con el movimiento de los pies, con el giro del torso, con la contracción de los músculos faciales, con la mirada, con la postura. Hay, como diría Paul Valéry, una "poesía general de

[2] Michel Foucault, *Arqueología del saber*, tr. Aurelio Garzón del Camino, 2a. ed. rev., México, Siglo XXI Editores, 2010, pp. 170-171.

acción de los seres vivos".[3] Una poesía que constituye mi cuerpo-archivo.

Como mi cicatriz de la muñeca, hay otras inscripciones que fácilmente me invitan a transportarme a ese acervo personal. Son recuerdos que se constelan en mi piel. Pero debajo de esas marcas evidentes hay otras que tienen una presencia espectral. Parece que se han esfumado, pero en realidad simplemente exigen ir más adentro. No hay que olvidar que la cotidianidad rehúye de una manera muy suya al extraño goce de perderse en una misma. Para acercarme a estas otras inscripciones no recorro estrechos pasillos, anaqueles metálicos ni cajas de cartón repletas de carpetas con olor añejo, sino gestos, patrones de movimiento y ritmos internos a los que en la vida diaria apenas presto atención. Voy tras lo que Suely Rolnik llama el "cuerpo vibrátil".[4]

Para Rolnik, existen varias formas de aprehensión del mundo. Una de ellas, la que se ha instaurado como hegemónica, nos permite crear representaciones relativamente estables, que solemos tomar por sentado en la vida diaria y que constituyen el "mapa de representaciones vigentes" de nuestro mundo.[5] Pero hay otras formas, menos conocidas e históricamente desplazadas o reprimidas, como la capacidad vibrátil, que nos permite descubrir el mundo como una constelación de sensaciones que pone en jaque los conceptos sedimentados por la rutina. Si el primer modo de aprehensión nos acerca a nuestro horizonte vital a partir de ideas preestablecidas, el segundo lo hace a partir del encuentro de lxs cuerpxs con fuerzas que les afectan, les tocan, les (con)mueven. En suma, con fuerzas que les hacen vibrar.

Mi cuerpo vibrátil tiene su propio discurso que se aloja a la sombra de la razón más sistemática y a la que puedo ser

[3] Paul Válery, "Filosofía de la danza", en *Teoría poética y estética,* tr. Carmen Santos, Madrid, Visor, 1998, pp. 187-188.

[4] Suely Rolnik, *Cartografia sentimental. Transformações contemporâneas do desejo*, Porto Alegre, Sulina / Editorada UFRGS, 2011.

[5] Suely Rolnik, "Geopolítica del chuleo", tr. Damian Krauss y Florencia Gómez, rev. Joaquín Barriendos y Marcelo Expósito, *Translate. Beyond Culture: The Politics of Translation*, octubre de 2006. Disponible en: http://translate.eipcp.net/transversal/1106/rolnik/es.html, consultado el 9 de marzo de 2023.

tan afecta. Ahí se inscribe una gramática profunda que es la más personal y a la vez la más desconocida para mí. Porque hay que insistir: poco o nada se nos enseña a conectar con lo íntimo. Decido nadar a contracorriente de esa anestesia sensible y correr el riesgo. Accedo a ese archivo íntimo desde el asombro y la ingenuidad. Viajo siguiendo una consigna similar a la de la fenomenología: sentir el mundo con una mirada renovada capaz de regresar a la simpleza de las cosas.

No es casualidad que, en su *Fenomenología de la percepción*, Maurice Merleau-Ponty coloque en una posición similar su hacer filosófico y el hacer del arte. En el prólogo de su obra afirma que la fenomenología es la promesa de acercarse a las cosas, a las experiencias, al mundo, desde un lugar que quiere volver a apre(he)nder cómo es esa cosa, esa experiencia, o ese mundo en su aparición más primitiva. Una forma renovada de significación que permite percibir con el desconcierto de quien es interpelada por primera vez. Ahí convergen la fenomenología y el arte, pues ambas ejercen una voluntad similar, la de coreografiar la atención para encarnar esa promesa de sentir —percibir y significar— de nuevo el mundo.

Cada forma estética ofrece un acercamiento particular a este fenómeno de extrañamiento creativo. La danza es especialmente pertinente puesto que su medio y materia no es otra cosa sino el cuerpo propio. A diferencia de la pintura, que requiere del lienzo, o de la escultura, que necesita del mármol, la danza, podríamos decir, es urobórica: se basta a sí misma. Es el (re)descubrimiento de lxs cuerpxs en movimiento, de su potencial expresivo y de goce estético, a través del espacio y el tiempo.

Las técnicas de exploración y resignificación de lxs cuerpxs en la danza son infinitas. Hay tantas como cuerpxs danzantes. No obstante, a pesar de sus diferencias, convergen en la resistencia al aceleracionismo contemporáneo. Frente al anestesiante imperio del productivismo que se ha instaurado en nuestras sociedades, la danza regresa a la simpleza infinitamente expresiva del movimiento corporal, al gesto-escritura que trastoca nuestras formas de sentir(nos) y estar con nosotras y en comunidad.

Este es el caso de la *danza mínima*, una metodología para la exploración y experimentación coreográfica ideada por la

bailarina, coreógrafa e investigadora Evoé Sotelo, en colaboración con la compañía Quiatora Monorriel. La *danza mínima* crea un discurso corporal potenciando la capacidad expresiva de lxs cuerpxs a partir del uso restringido del movimiento. La limitación del espacio en el que se desenvuelven las dinámicas corporales, la elongación del tiempo en el que se llevan a cabo y la atención a los flujos de energía usados en ellas, renuevan el contenido de algo tan sencillo como la sensación del peso en distintos puntos de apoyo al levantar lentamente un pie del suelo, o el recorrido que hace el aire al entrar por las fosas nasales, llenar los pulmones, ensanchar la caja toráxica y volver a salir del cuerpo. Para Sotelo, esta forma de improvisación deviene en una pedagogía de las artes vivas que permite "sentir con el cuerpo para ser otro cuerpo".[6] Al dirigir la atención a los micromovimientos, la *danza mínima* nos permite encontrarnos con una especie de "materia negra" formada por gestos simples, cotidianos, funcionales, que suelen ser desechados por considerarse "insignificantes". No obstante, en el contexto de esta práctica investigativa, estos gestos no sólo son recuperados, sino que adquieren una nueva dimensión significante y estética. Dejan de ser el archivo abandonado, el archivo-prisión anquilosado, para convertirse en una praxis abierta de reagrupación de figuras, de creación de nuevos discursos y de goce estético.

Un goce que es tanto individual como colectivo, puesto que la danza, entendida como una práctica que investiga y encuentra nuevas formas de ser y de estar, es ante todo un ejercicio de comunión, de encuentro con otrxs. Si cada cuerpo en movimiento es un reservorio de voces, historias y discursos, en colectivo no somos más que corpus de archivos.[7] Y así como podemos explorar el interior de nuestros

[6] Ximena González Grandón y Evoé Sotelo, "Danzas mínimas", *Revista de la Universidad de México*, febrero de 2021, núm. 1, p. 109.

[7] Jean Luc-Nancy afirma que cada cuerpo es ya un corpus: "una colección de piezas, de pedazos, de miembros, de zonas, de estados, de funciones. Cabezas, manos y cartílagos, quemaduras, suavidades, chorros, sueño, digestión, horripilación, excitación, respirar, digerir, reproducirse, recuperarse, saliva, sinovia, torsiones, calambres y lunares. Es una colección de colecciones, *corpus corporum*, cuya unidad sigue siendo una pregunta para

propios acervos personales, también lo podemos hacer con los acervos colectivos. Éste es el trabajo de investigación coreográfica llevado a cabo por el Instituto Nacional de Asuntos del Movimiento de México (INAMM), al que pertenece el bailarín, coreógrafo e investigador Gervasio Cetto. La premisa de arranque del INAMM, no muy distante de la de la *danza mínima*, establece que los movimientos de las prácticas cotidianas, como las labores domésticas, del campo o los trabajos manuales, aunque invisibilizados en el día a día, son parte esencial de la identidad de una comunidad. Constituyen su patrimonio cultural. Como la gastronomía, la arquitectura y la música, los gestos de las técnicas de partería maya, del amasado del tamal en el oeste del país, o del escribano capitalino, también susurran una historia.[8] Así como las cicatrices que cargo en mi piel evocan parte de mi pasado, también estos gestos-escritura cotidianos del acervo corporal colectivo, del corpus comunitario, inscriben formas compartidas de transitar, comprender y significar el mundo.

La recuperación del patrimonio corporal, tanto el propio como el colectivo, nunca es una tarea del todo fortuita. Hay en ella una dimensión política. El hecho de poder ver un gesto y encontrar en él un sentido, nos revela que hay toda una política del movimiento de lxs cuerpxs. Un "encuadre", como bien lo sugirió a lo largo de nuestro intercambio la mirada documentalista de Silvana Zuanetti, con motivo de su participación como realizadora en la serie documental *Cuerpos migrantes*, que le concede valor a una secuencia por encima de otra.[9] El ejercicio documental se presenta, así,

ella misma". En suma, un "cuerpo, cuerpos". Jean-Luc Nancy, *58 indicios sobre el cuerpo*, tr. Daniel Alvaro, Buenos Aires, Ediciones La Cebra, 2007, pp. 20, 23.

8 Véase el sitio web del Instituto Nacional de Asuntos del Movimiento Mexicano (INAMM): https://www.inamm.org/

9 *Cuerpos migrantes* es una serie documental de TV UNAM en colaboración con la Dirección de Danza de la UNAM y la Cátedra Gloria Contreras, que recupera la trayectoria de vida de diversas personas a través de la ruptura de los estereotipos de lxs cuerpxs, el cruce de fronteras culturales, así como la defensa de los derechos humanos.

como otra de las rutas de investigación que permiten coreografiar la atención para descubrir las partes de las que se compone un gesto. Una composición que no concluye en la suma de los distintos momentos o movimientos de lxs cuerpxs, sino en la sabiduría latente del gesto captado. Se trata, pues, de un saber que no se agota en los distintos planos que configuran la imagen de, por ejemplo, una mujer hilvanando un estambre, sino en la danza íntima que ese hilvanado sugiere.[10] Danza que, por íntima, sólo se nos revela cuando hay una disposición vibrátil a ser tocada, a ser movida y conmovida por otrx corpus.

Quizá llegadas a este punto, la pregunta que restaría hacer en un tono foucaultiano es cómo trabajamos esos encuentros con el archivo personal pero también con los colectivos. ¿Cómo desde un lugar de vibratilidad, de vulnerabilidad, me acerco a esos otrxs corpus vivientes? ¿Qué leo en lxs cuerpxs-archivo que me rodean y qué en aquellxs que me interpelan? ¿A qué le concedo valor y qué decido silenciar? ¿Cómo recuperamos lxs cuerpxs-archivo que han sido sedimentados bajo la indiferencia? La tarea, en tanto que praxis abierta es inagotable, no obstante, la simple invitación a la exploración, a la (re)invención, al extrañamiento, es suficiente para intentarlo una y otra vez. •

Bibliografía

FOUCAULT, Michel, *Arqueología del saber*, tr. Aurelio Garzón del Camino, 2a. ed. rev., México, Siglo XXI Editores, 2010.

GONZÁLEZ GRANDÓN, Ximena y SOTELO, Evoé, "Danzas mínimas", *Revista de la Universidad de México*, febrero de 2021, núm. 1, pp. 106-110.

10 Véase el capítulo dos de la serie *Cuerpos migrantes* que documenta la cotidianidad de Abundia Abundia, una migrante otomí en la Ciudad de México, transmitido el 16 de febrero de 2022. Disponible en: https://tv.unam.mx/cuerpos-migrantes/

MERLEAU-PONTY, Maurice, *La fenomenología de la percepción*, tr. Jem Cabanes, Barcelona, Planeta-De Agostoni, 1993.
NANCY, Jean-Luc, *58 indicios sobre el cuerpo*, tr. Daniel Alvaro, Buenos Aires, Ediciones La Cebra, 2007.

ROLNIK, Suely, *Cartografia sentimental. Transformações contemporâneas do desejo*, Porto Alegre, Sulina / Editorada UFRGS, 2011.

_____, "Geopolítica del chuleo", tr. Damian Krauss y Florencia Gómez, rev. Joaquín Barriendos y Marcelo Expósito, *Translate. Beyond Culture: The Politics of Translation*, octubre de 2006. Disponible en: http://translate.eipcp.net/transversal/1106/rolnik/es.html, consultado el 12 de junio de 2023.

VÁLERY, Paul, "Filosofía de la danza", en *Teoría poética y estética,* tr. Carmen Santos, Madrid, Visor, 1998.

Lectura y formación de ciudadanía después de la pandemia

Rubén Pérez Buendía

La formación de ciudadanía después de la pandemia requiere más que nunca de la clara intención de formar ciudadanos críticos, creativos y responsables con todas las formas de vida y con el planeta que habitamos. Esto es así si lo que buscamos es reparar el daño que como especie hemos ocasionado al medio ambiente, lo cual no es más que el reflejo del propio deterioro de las relaciones de desigualdad entre seres humanos, asunto fundamental para entender la participación ciudadana.

Una formación de esta envergadura requiere que, como mediadores de lectura, tendamos puentes de diálogo entre la lectura literaria y la lectura de otras áreas del conocimiento, como la filosofía política, el derecho, la sociología y la antropología; puentes de diálogo entre lecturas y puentes de conversación entre lectores.

Por supuesto que las áreas científico-matemáticas son también fundamentales, sobre todo porque podríamos pensar la pandemia, en primera instancia, como un problema de salud al que atienden todas las ciencias vinculadas con la medicina: biología, química etc., sin embargo, por cuestiones de espacio, me centraré en su aspecto social, en tanto asunto público, y su relación con el ejercicio de ciudadanía (y la lectura), aunque dejaré algunos hilos sueltos para futuras reflexiones sobre las implicaciones de las ciencias exactas y su difusión como discursos accesibles para la ciudadanía.

¿Por qué empezar por la filosofía, la sociología y el derecho? Porque el reconocimiento identitario del ciudadano, a saber, el reconocimiento de sí mismo, requiere de la comprensión de cómo se ha construido históricamente el concepto de ciudadanía y las concretas implicaciones jurídicas

y sociales en su ejercicio práctico. Es decir, los derechos y las responsabilidades que adquiere al ser miembro de una comunidad política, no sólo le otorgan una identidad determinada sino que le abren espacios para la participación en aspectos políticos y culturales en su propia comunidad, así como marcos de relación jurídica con otras comunidades políticas a nivel internacional.

El conocimiento del devenir del concepto es importante, porque nos plantea el panorama histórico, político e ideológico en la construcción de la noción de ciudadanía en el contexto internacional y cómo ha sido adoptado y adaptado en los entornos particulares de cada país.

Así podemos ver que no es lo mismo el desarrollo e implementación del concepto de ciudadanía en países europeos que en los colonizados por estas naciones. La noción de ciudadanía llega, en la mayoría de los casos, como una imposición más, puesta por el poder metropolitano, y su adaptación es resultado también de las tensiones existentes entre las formas de vivir y entender el mundo de los pueblos originaros de los territorios invadidos.

Ahora bien, la manera de acceder a este conocimiento sobre el concepto moderno de ciudadanía es necesariamente a través de la lectura. Un ciudadano no se puede formar con un pensamiento crítico si no ha ejercido la lectura de manera crítica. Aunque esto parezca una verdad de Perogrullo, es importante enfatizarlo, porque la forma en que se ha enseñado a leer y escribir, sobre todo a las clases sociales más desfavorecidas, ha sido con una lectura centrada en el desciframiento del código escrito, su correcta pronunciación y una apropiación de la escritura a los niveles básicos que les permiten desarrollarse en el sistema laboral que la sociedad contemporánea requiere, más desde una perspectiva de repetidores que en la producción de un discurso propio, proceso, este último, en el que se encierra la lectura crítica y, consecuentemente, el pensamiento crítico.

Si el pensamiento crítico se forma a través de la lectura crítica, es necesario que nos detengamos a desarrollar brevemente a qué nos referimos cuando hablamos de lectura crítica.

Si consideramos la acción de leer fundamentalmente como el acto de comprensión y construcción de sentido de

un discurso, transmitido a través de un código escrito, en donde el lector requiere de cierto nivel de experiencia en el desciframiento de dicho código y el conocimiento de su funcionamiento como sistema de escritura, entonces la lectura crítica comienza cuando el lector cuestiona lo que está leyendo, contrastándolo con su propio pensamiento. Pensamiento creado a través del intercambio intersubjetivo con otros lectores en diálogo, mediante actos de habla o escritura.

El lector crítico contrasta, entonces, la lectura con otras lecturas y con su propio pensamiento. De esta conjetura resulta una nueva idea que, al organizarla en su pensamiento para comunicarla de forma hablada o escrita, permite al lector elaborar su discurso personal, el cual refleja sus propias conjeturas sobre la realidad y su postura frente al asunto tratado. Así es como el lector construye su punto de vista, su aporte al diálogo, al intercambio intersubjetivo de interpretaciones de la realidad, y le va dando forma y estructura a su ideología.

Cabe señalar que me refiero no sólo a la lectura centrada en la escritura alfabética o al habla como actos de producción de discurso, sino también a otros lenguajes, también transmisores de discurso, que es necesario incluir en el acto de leer en tanto que su grado de influencia es muy importante en la construcción de sentido y de la subjetividad del lector. Por ejemplo, expresiones culturales como la música, la pintura, la danza y otros lenguajes artísticos que desde su arte también transmiten un discurso y que, además, frecuentemente aparecen combinados, con palabras escritas o no, como en el teatro, la danza o el cine.

Todos esos discursos no quedan fuera de la construcción de sentido del lector al momento de descifrar el código escrito, lo que hace de la comprensión de la lectura un fenómeno que ocurre tomando referentes de varias direcciones y de diversos lenguajes y que transcurre en el tiempo y no como un acontecimiento que termina después del acto de leer.

Es decir, constantemente estamos abonando a la comprensión de nuestras lecturas más antiguas con las lecturas nuevas. Nuestra lectura del mundo es un proceso continuo que hacemos en diversos lenguajes y que iniciamos mucho antes de conocer y manejar el código escrito.

La gran aportación del código escrito va justo en el sentido del desarrollo del pensamiento crítico, pues al dejar plasmados los discursos en el tiempo el lector tiene la posibilidad de analizar los contextos de la producción del discurso: cuándo fue escrito, quién lo escribió, por qué o para qué lo escribió, cuáles serían sus intenciones, y todo ello es sometido al juicio crítico del análisis del texto de acuerdo con el de su propio contexto como lector y productor de su discurso personal.

Esto incluye, además, la ventaja de poder articular, mediante la palabra escrita, discursos expresados a través de otros lenguajes al sintetizarlos en la lengua hablada y escrita. Es a este tipo de articulación a la que me refiero cuando hablo de que se requiere construir puentes entre la lectura literaria, favorita entre los mediadores de lectura, y otros textos no necesariamente literarios que explican el funcionamiento de las sociedades y su sentido y, particularmente, el sentido del ser ciudadano.

Si bien la literatura da cuenta de ello en su diversa y vasta producción, el aterrizaje de conceptos y su sentido que acompañan la noción de ciudadanía ayudaría para una reflexión práctica en torno a su ejercicio. Problematizar, por ejemplo, la noción de individuo versus comunidad a partir del diálogo entre obras, por ejemplo de José Saramago con la de pensadores como Charles Taylor, Martha Nussbaum, John Rawls o las obras literarias de los muchos pueblos originarios del continente americano con las obras de Enrique Dussel o Will Kymlicka y construir, desde ese diálogo, una reflexión crítica en torno al ejercicio de la ciudadanía y la relación que desde esta noción se establece con otras formas de vida y con la naturaleza.

De esta manera no sólo le dejamos a filósofos y legisladores las definiciones y acciones prácticas de lo que debe ser un ciudadano, sino que la propia ciudadanía participaría activamente, desde el espacio público, en los debates sobre su definición y, sobre todo, la forma de ejercerla responsablemente.

Un ciudadano formado en el pensamiento crítico a través de la lectura crítica sabrá distinguir, entonces, los diferentes discursos que coexisten en torno a la definición y solución de problemas públicos; sabrá identificar no sólo las

noticias o los discursos falsos frente a un tema, sino también la posición política, ideología y la intención de quien los pronuncia y promueve. Es importante señalar que los discursos científicos tienen también atrás una posición ideológica y política, es por ello que existen paradigmas o corrientes de pensamiento que explican desde diferentes posturas los fenómenos o procesos que atienden las disciplinas.

Desde este lugar crítico podríamos repensar la pandemia y lo que ahora esperamos de una ciudadanía crítica. Repensarla no solamente desde el origen, sino también la estrategia desarrollada a nivel mundial para controlarla en torno a las nociones básicas de libertad, derechos y participación. Repensarla desde la construcción de los discursos producidos para explicarla y controlarla. Todo discurso está situado en un contexto histórico, geográfico e ideológico, lo que implica necesariamente una posición de poder con intereses políticos y económicos determinados.

Aquí entran entonces aspectos importantes a considerar desde la esencia del ser ciudadano, como libertad de expresión, derecho a la información, libertad de autodeterminación, libertad de pensamiento o libertad de elegir con relación al propio cuerpo.

Un ciudadano crítico después de la pandemia tendría que ser aquél que sabe leer los discursos públicos, en sus diversos lenguajes, e identificar las fuentes de difusión y los contextos en los que son producidos; puede reconocer las intenciones de quien los hace y tomar una postura personal, desde sus propias conjeturas, de los distintos puntos de vista y posiciones para, desde ahí, ejercer una participación consciente frente a los asuntos públicos.

El pensamiento crítico implica el reconocimiento de que siempre han existido grupos de poder que hegemonizan una forma de pensar, de entender el mundo a través de distintos canales de subjetivación: educación, medios de comunicación, redes sociales, literatura, etc. La literatura es un recurso fundamental para este fin, pero requiere ponerse frente al espejo reflexivo de los textos de quienes se encargan de definir el concepto y ponerlo en juego, es decir, filósofos, sociólogos, economistas, comunicólogos, legisladores y abogados, pues cuando hablamos de ciudadanía nos referimos fundamentalmente a derechos, responsabilidades

sociales, identidades y participación, siendo esta última la clave para las sociedades democráticas.

La participación ciudadana pasa necesariamente por el uso del lenguaje y el lenguaje se fortalece leyendo, pero sobre todo hablando y escribiendo sobre lo que se ha leído. Necesitamos que esa participación sea el resultado del diálogo entre lecturas y lectores que hablen de literatura, filosofía y aquellos asuntos públicos que mueven a una participación creativa y propositiva. En verdad que el mundo requiere esa interlocución. La necesitamos. •

Bibliografía

BANELL, Ralph I.; VILANOVA PRATA, Rita y FENERICH, Claudia (comp.), *Educação para a cidadania e os limites do liberalismo*, Rio de Janeiro, 7 Letras, 2011.

BRAIT, Beth (comp.), *Bakhtin, dialogismo e construção do sentido*, Campinas, Editora da UNICAMP, 1997.

CASANNY, Daniel, *Tras las líneas. Sobre la lectura contemporánea*, Barcelona, Anagrama, 2006.

FREIRE, Paulo, *La importancia del acto de leer y el proceso de liberación*, México, Siglo XXI, 1994.

GOULART, Cecília M. A.; MENDES GONTIJO, Cláudia, y DE ALMEIDA FERREIRA, Norma Sandra (comp.), *A alfabetização como proceso discursivo: 30 anos de A criança na fase inicial da escrita*, São Paulo, Cortez Editora, 2017.

SOARES DE ALBARENGA, Marcia, *Sentidos da cidadania: políticas de educação de jovens e adultos*, Rio de Janeiro, Eduerj, 2010.

TONET, Ivo, *Educação, cidadania e emancipação humana*, Rio Grande do Sul, Unjuí, 2005.

YUNES, Eliana (comp.) *Pensar a leitura: Complexidade*, 2ª ed., São Paulo, Loyola, 2005.

_____, *Tecendo um leitor: uma rede de fios cruzados*, Curitiba, Aymará, 2009.

VOLÓSHINOV, Valentin Nikoláievich, *(Do Círculo de Bakhtin). A construção da enunciação e outros ensaios.* Organização, trad. y notas de João Wanderley Geraldi, São Carlos, Pedro e João Editores, 2013.

Cultura y migración: del devenir histórico

Bruno Velázquez Delgado

POZZO: ¡Auxilio! ... ¡Piedad!

...

VLADIMIR: No perdamos el tiempo en vanos discursos (Pausa con vehemencia)
¡Hagamos algo ahora que se nos presenta la ocasión!
No todos los días hay alguien que nos necesita. Otros lo harían igual de bien, o mejor.
La llamada que acabamos de escuchar va dirigida a la humanidad.
Pero en este momento la humanidad somos nosotros, tanto si nos gusta como si no.
Aprovechémonos antes de que sea demasiado tarde.
Representemos dignamente por una vez la calaña en que nos ha sumido la desgracia.
¿Qué opinas?

ESTRAGÓN: No he escuchado.

***Esperando a Godot,* Samuel Becket.**

La especie humana es migrante, su destino migratorio. Desde el origen, la humanidad se rastrea en las huellas de múltiples traslados y devenires, de un sitio a otro, de ida y vuelta, a lo largo del tiempo. Animal que se desplaza habitando el espacio, que erige mundos y los atraviesa en sus andanzas. Migrar está en la naturaleza humana y el nomadismo ha sido su modo específico de estar sobre la Tierra. Cuando menos durante los primeros cientos de miles de años de su existencia. Nomadismo cíclico o permanente que lo mantuvo en sincronía con las estaciones y las fases de la vida, de tal suerte que el impacto de su actividad sobre el ecosistema era, si acaso, armónico.

Siempre en busca de un lugar dónde establecerse, de nuevas oportunidades para salir y explorar. Huyendo o persiguiendo, por obligación, necesidad, necedad o conveniencia. La historia de la humanidad es la historia de un andar(se) buscando para encontrarse.

Mientras no tengamos esto en cuenta y perdamos de vista el tipo de animal que somos, ignorando la profunda herencia evolutiva que cargamos, seguiremos perdidos entre la incomprensión y la confusión al intentar reflexionar sobre una de las crisis más dramáticas y dolorosas de nuestros tiempos: el fenómeno migratorio y sus muy diversas complejidades.

Curioso que las personas expertas en el rubro, al analizar alguna de las inconmensurables aristas del problema, omitan referirse a nuestra naturaleza humana. Es obvio que lo urgente recae en atender los síntomas cotidianos, pero no se llegará a ninguna solución si pensamos que, por saber las causas inmediatas —pobreza, violencias, guerra, cambio climático, etc.— se pueda descartar el origen.

Un estudio científico reciente, publicado por la revista *Nature*, expone los últimos descubrimientos sobre la migración homínida,[1] hallados por la genetista Vanessa Hayes, del Instituto Garvan de Investigaciones Médicas de Sídney, en su búsqueda de ese "Edén ancestral", el lugar del que partieron las primeras oleadas migratorias de nuestros antepasados originales.

Sabemos que, además de migrante, la especie humana ha sido afectada por las condiciones climáticas y por la inquina violenta que, regularmente, termina por confrontar a sus distintos grupos. De ahí cabe pensar que las narraciones que relatan el inicio de nuestras historias, como grupos y naciones, son también expresión de la multiplicidad de migraciones, desplazamientos y búsquedas de nuevos refugios. La historia es entonces el registro migrante de los traslados y devenires que hoy nos tienen aquí.

Volviendo a la genetista Hayes, ella ha encontrado evidencias para asegurar que los humanos modernos

[1] Eva K. F. Chan, Axel Timmermann, Benedetta F. Baldi, *et al*. "Human origins in a southern African palaeo-wetland and first migrations" en *Nature* 575, pp. 185-189, 2019. Disponible en: https://doi.org/10.1038/s41586-019-1714-1

procedemos de una población originaria asentada en el sur de África, que existió hace unos 200,000 años, contradiciendo así la teoría que planteaba un lugar distinto como epicentro cero de las ondas migratorias, ubicado en la actual Etiopía, que por un tiempo se consideró el punto de partida de la migración original.

Lo que Hayes y su equipo hicieron fue analizar "ADN mitocondrial de las poblaciones nómadas de cazadores-recolectores que actualmente habitan en el sur de África... [así como] analizar simulaciones de modelos climáticos generadas por ordenador y los comparó con datos geológicos que habían capturado distintos episodios de la historia climática de África durante los últimos 250,000 años".[2] Llegó a distintas conclusiones, como proponer que, la nuestra, es una especie migrante que desde sus primeros días ha buscado refugio por causas climáticas; una especie que ha hecho del traslado y el deplazamiento su razón de ser.

Pero, ¿por qué esto que ahora la ciencia nos presenta, mediante sólidas y concretas evidencias, no nos sorprende del todo?, ¿será que algo de esta historia, algo de nuestra propia naturaleza, nos es tan familiar que nos hemos olvidado parcialmente de ella y que ahora que la ciencia nos la recuerdan no nos asombra en lo absoluto? ¿Qué nos dicen algunos mitos fundacionales sobre esto?

Abel, ¿no fuiste tú un pastor heredero del espíritu cazador-recolector?, ¿un nómada que habitaba el espacio a partir de traslados específicos en busca de condiciones apropiadas para tu sobrevivencia y la de tus ganados? Caín, que fuiste sedentario por un tiempo, domesticado por tu propia labor agrícola, ¿no fuiste después un migrante en busca de refugio permanente a causa del horrendo crimen fratricida con el que te estigmatizaste?

¿Qué nos dice este mito del Antiguo Testamento; qué nos revela de nuestro modo de andar sobre la Tierra? No ha de ser casualidad que, incluso pensadores de la tradición contractualista y del liberalismo como John Locke, consideren que el cercamiento de las tierras comunales descritas en el mito de estos hermanos es el comienzo de la desigualdad,

[2] *Ídem.*

la violencia y de un sistema que expulsa y prohíbe a los muchos, en beneficio y provecho de unos pocos.[3]

¿Y qué nos dicen mitos como el de Pirra y Deucalión, hijos de Epimeteo y Pandora, o el de Naamá y Noé, hijo de Lamec e hija de Caín? ¿No fueron ellas y ellos, además de constructores de arcas, desplazados climáticos de diluvios catastróficos? Dos simbólicos mitos que remiten a toda familia y persona obligada a dejarlo todo atrás porque ese todo ha sido destruido y borrado del mapa. Dos mitos que relatan desgracias inenarrables, pero que también muestran la esperanza de un nuevo comienzo y una vida en paz. Estos mitos fundacionales de la cultura occidental han sido referidos, el primero, de forma destacada por Ovidio en sus *Metamorfosis* y por Platón en su diálogo *Critias* y, el segundo, en el libro *Génesis* del Antiguo Testamento.

¿Se debe ignorar la propia cultura y naturaleza para no comprender la migración como un hecho histórico inevitable? El hecho de no atender la problemática migratoria desde la ética de la hospitalidad y la *regla de oro*, sino más bien desde una inmoral política migratoria estructurada sobre una perspectiva económica y coercitiva de "seguridad nacional", habla mucho acerca de nuestras miserias.

¿Qué no fueron migrantes en busca de refugio, tanto Moisés junto al pueblo hebrero como el pueblo nahua de los antiguos mexicas? ¿Qué no unos huían de la opresión esclavista y de violencias terribles, en busca de la tierra prometida para establecer un hogar, y los otros descendieron del norte para hallar un nuevo Aztlán? Y en sus traslados ¿qué no ambos pueblos sufrieron gravemente, aunque llenos de esperanza?

Eneas, troyano insigne que afrontó el Mediterraneo, con otros pocos de su estirpe, huyendo de las desgracias de la guerra y de la destrucción imperialista de los aqueos, ¿no fuiste tú, en busca de refugio, a fundar un nuevo comienzo en las ahora costas italianas?

¿Cómo es posible que de estos mitos no se comprenda que nadie es de un sólo lugar y que el origen no tiene una sola fuente? Todas las personas venimos, nos dirigimos y

[3] *Cfr.* John Locke, "Capítulo V. De la propiedad" en *Ensayo sobre el gobierno civil*, tr. Amando Lázaro Ros, Madrid, Aguilar, 1980.

estamos siempre en tránsito, y aquel que hoy pide refugio bien puede ser mañana quien nos lo niegue.

Según Miguel León Portilla, en el artículo "Aztlán: ruta de venida y de regreso", en su traslado desde el Aztlán original, los nahuas migrantes fueron poblando Mesoamérica. Esto explica el hecho de que las fronteras internacionales que ahora separan a los Estados y los pueblos no correspondan con los lazos que relacionan a las personas que habitan los territorios. Esto, también, nos permite acercarnos a una idea que más adelante trataremos: la transterritorialidad de las naciones.

Dice León Portilla:

> Gracias a la glotocronología sabemos que la familia yutonahua comenzó a diferenciarse y a dispersarse desde el tercer milenio a. C., en una región cercana a los límites de Arizona y Sonora. Muchos de los grupos hablantes de lenguas yutonahuas quedaron en el Suroeste estadounidense, y otros entraron en el Noroeste mexicano y hasta el centro de México.[4]

A partir de los testimonios de dos cronistas, uno "descendiente del rey poeta Nezahualcóyotl, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl (*c.* 1578-1650)",[5] y el otro, Alvarado Tezozómoc, León Portilla afirma que hay evidencias suficientes para decir que el vínculo que une a buena parte de los pueblos mexicanos y estadounidense es rastreable y previo a la llegada masiva de migrantes europeos (refugiados, desplazados o aventureros) al continente americano, incluso mediante lazos sanguíneos.

Buscando una nueva Aztlán o queriendo hacer las "Américas", la historia de nuestro continente y de los pueblos que la habitan es una historia de ida y vuelta desde tiempos inmemoriales, del Norte al Sur, y ahora en viceversa. León Portilla nos habla de una serie fascinante de recorridos. De

[4] Miguel León Portilla, "Aztlán: ruta de venida y de regreso" en *Letras Libres,* 30 de noviembre de 2005. Disponible en: https://letraslibres.com/revista/aztlan-ruta-de-venida-y-de-regreso/

[5] *Ibidem.*

nahuas, mexicas o españoles, de evangelizadores, exploradores y expedicionarios, mostrándonos así las raíces profundas que tienen nuestras migraciones y devenires históricos. La herencia compartida binacional de pueblos transterritoriales que hacen de Arizona, California, Nevada, Nuevo México, Texas, Utah, y partes de Colorado, Wyoming, Kansas y Oklahoma, lo mismo que de ciudades como San Miguel de Allende, Ensenada, Puerto Vallarta o localidades como Ajijic, puntos de identidad compartida para millones de personas, habitantes transitorios y permanentes, de un mismo territorio comprendido entre lo que hoy son México y los Estados Unidos de América.

Así, resulta incomprensible que la clase política nacional no entienda que existen argumentos históricos para denunciar la atroz y catastrófica política de tolerancia cero, de separación de familias y aprisionamiento de niñas y niños en campos de concentración, que aún hoy y desde la administración Trump, aplican los gobiernos estadounidenses para castigar a las personas migrantes y hacerles desistir en su búsqueda por una posible e incierta felicidad.[6] También, se hace evidente la hipocresía de esta clase política que aplaude las remesas enviadas por quienes han migrado y sostienen a los miembros de sus familias que se han quedado, al tiempo que persigue a quienes migran por territorio mexicano.[7]

Cabe aquí un apunte trascendental: el concepto de "nación transterritorial", introducido por Tonatiuh Guillén en su publicación *México, nación transterritorial. El desafío del siglo XXI,*[8] es quizá la más provocadora propuesta para un cambio de paradigma en los estudios geopolíticos y de relaciones internacionales. En dicho texto, Tonatiuh plantea que ya no se puede comprender al mundo a partir de divisiones artificiales apuntaladas por las leyes del mercado,

[6] Caitlin Dickerson, "Una catástrofe estadounidense. La historia secreta de la política de separación familiar del gobierno de los EE. UU." en *The Atlantic,* 7 de agosto de 2022. Disponible en: https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2022/09/trump-politica-de-separacion-familiar-inmigracion/671028/

[7] Véase: https://en.wikipedia.org/wiki/Remain_in_Mexico

[8] Tonatiuh Guillén, *México, nación transterritorial. El desafío del siglo XXI,* México, PUED-UNAM, 2021.

la guerra y la teoría del Estado heredera de Hobbes y su Leviatán.

Tonatiuh analiza la quinta reforma al artículo 30 constitucional, del 17 de mayo de 2021, que se limita a la fracción II, donde se establece que tendrán derecho a la nacionalidad mexicana "Los que nazcan en el extranjero. Hijos de padres mexicanos, de madre mexicana o de padre mexicano".[9] Una adecuación que "se trata de una reforma breve en su expresión textual, pero de gigante relevancia debido a que amplifica extraordinariamente el horizonte nacional".[10] Puesto que, de un plumazo, otorga la posibilidad de tener la nacionalidad mexicana a más de 20 millones de personas, nacidas en cualquier lugar del mundo, pero muy señaladamente en los Estados Unidos de América. Cabe preguntarse: qué ocurrirá ahora que esta enmienda siente un precedente global.

Recientemente en la UNAM se realizó un foro sobre cultura y migración, enmarcado en el Segundo Encuentro Internacional de Cátedras Extraordinarias, donde se pensó a fondo, en tres mesas distintas, el horizonte que hoy nos delimita.[11] Allí se enfatizó que el fenómeno de la migración ha devenido en el rostro más ominoso de una crisis estructural que visibiliza el fracaso civilizatorio moderno, y el vaciamiento del ideal ilustrado del Estado liberal y de la democracia representativa (donde la propiedad privada tendría que ser respetada: la vida, la libertad, la seguridad y las posesiones materiales adquiridas legítimamente).

También se dijo que, en nuestra nación, esta crisis se traduce como el derrumbamiento de un mito fundacional del México moderno: la idea de que somos una nación fraterna,

[9] *Diario Oficial de la Federación*, 15 de mayo de 2021. Disponible en: https://dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5618485&fecha=17/05/2021#gsc.tab=0

[10] *Íbid.*, p. 102.

[11] Grabación de la mesa "Violencias en las rutas de migración". Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=yQnKvu-C9puo. Grabación de la mesa "Expulsión. ¿Por qué la gente se ve obligada a desplazarse?". Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=3LJFwF1cS-M. Grabación de la mesa "Infancias desplazadas. ¿Cómo refugiar nuestro futuro?". Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=ZmN5P5h7a-s

de brazos abiertos y de acogimiento, donde todas las personas y pueblos, víctimas y perseguidas por las oscuras fuerzas del fascismo, pueden encontrar refugio (republicanos españoles, éxodos argentinos, chilenos, guatemaltecos y salvadoreños, entre otros). Un derrumbamiento que en sus ruinas ahora muestra una hipocresía monumental: México es hoy un territorio donde, a diario, se criminaliza, persigue, detiene, expulsa, tortura, maltrata y se violan los derechos humanos de forma sistemática y metódica de cientos de miles de personas migrantes; donde las estaciones migratorias no son sino centros inhumanos de reclusión "temporal". Y todo esto desde una lógica racista, clasista y aporofóbica. Se habló de que México hoy es uno de los principales mercados de producción y consumo de pornografía y turismo sexual infantil y de tráfico de órganos; de la coalición del Estado y los gobiernos con las organizaciones criminales y de cómo la extorsión de las personas migrantes es un negocio multimillonario, lo que explica el interés por mantenerlo desregulado desde la ilegalidad y de no resolver sus causas ni atender sus principales efectos.

En estas mesas no se pudo obviar el vergonzoso acuerdo que nuestro país guarda con los Estados Unidos para fungir como frontera vertical que inhibe, obstaculiza, castiga y contiene los flujos migratorios hacia el norte. Sin importar las administraciones en turno. Y se aceptó que, en los hechos, los derechos humanos siguen siendo una entelequia, que vivimos engañados por falsas narrativas, aunque esperanzados por anhelos humanitarios y humanistas, y que cada vez son más los espacios devenidos en centros de esclavitud, explotación y degradación de seres humanos. Banalidad del mal, el absurdo nefasto que está operando en nuestros tiempos donde no son las políticas de Estado o las directrices de gobierno sino las decisiones que toman, día a día, servidores públicos, en aras de "cumplir con su deber" las que no ayudan a sus semejantes: el inicio de una crisis humanitaria y el fin de una crisis de valores obsoletos.

No sólo es falta de voluntad, imaginación, empatía, solidaridad y sentido de comunidad lo que impide que se construya un mundo más equitativo y justo. Es, sobre todo, incapacidad moral de comprender que aquellas personas que se quiere contener, controlar, regular y utilizar no son un

recurso para hacer negociaciones políticas, diplomáticas o comerciales. La ceguera ética y la insensibilidad estética que impiden ver y valorar a las personas frente a uno mismo como iguales y como dignas de toda consideración es el sino de nuestros tiempos. ¿Cómo es posible que permitamos que a diario se maltrate a cientos de miles de personas migrantes que buscan refugio? Personas desplazadas por las violencias, que huyen para salvar lo poco que les queda, que buscan hacer que sus vidas sean dignas de ser vividas, que son víctimas del poder de la naturaleza, pero, más que nada, de la naturaleza del poder.

El académico Enrique Díaz Álvarez afirma que es necesario "establecer una política y una e(s)tética del traslado"[12] para comprender las necesidades y temores de la otra persona frente a mí, distinta a mí, a partir de los propios miedos y limitaciones. Seguir insistiendo en el diálogo multicultural, en la fraternidad entre los pueblos, en la utopía civilizatoria a la que nos referimos con el concepto de "humanidad" y en la empatía altruista, es tan urgente como no eludir una visión crítica y abierta del mundo en que vivimos y del mundo que queremos. Que la migración sea un derecho universal y que la tragedia y las horrendas causas que obligan a las personas a dejarlo todo atrás sean erradicadas: ésa es la tarea. Si atendemos a la historia nos reconoceremos como una especie migrante, incluso migratoria. Todas las personas y los pueblos somos, de una u otra forma, un traslado y un andar la vida en busca de refugio sobre una matria común: el planeta Tierra. ●

[12] Enrique Díaz Álvarez, *El traslado. Narrativas contra la idiotez y la barbarie*, México, Debate, 2015, p. 308.

Sobre las autoras y los autores

Gabriela Gil (México)
Coordinadora de la Unidad Académica de CulturaUNAM. Consultora y asesora en gestión de procesos culturales y académicos, es egresada de la maestría en Estudios de Arte de la Universidad Iberoamericana de México y del posgrado en Gestión y Políticas Culturales de la Universidad de Barcelona, España. Tiene una licenciatura en Artes por la Universidad Central de Venezuela. Es presidenta del Comité Mexicano del Consejo Internacional de Museos.

Javier Ibacache V. (Chile)
Es licenciado en Comunicación Social de la Universidad de Chile, y crítico y programador de artes escénicas especializado en estrategias y proyectos de Desarrollo de Públicos. Fue impulsor del programa Escuela de Espectadores en Chile (2006-2011), director de Programación y Audiencias del Centro Cultural Gabriela Mistral, GAM, (2010-2016) y jefe de la Unidad de Programación y Públicos del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio de Chile (2018-2022). Es miembro del Círculo de Críticos de Arte de Chile y docente en programas universitarios de gestión cultural y formación de públicos en Chile, Argentina y México. Además, es director de la edición para Latinoamérica de la revista *Conectando Audiencias* y ha coordinado el Seminario Internacional de Desarrollo de Públicos de CulturaUNAM.

Jimena Eme Vázquez (México)
Licenciada en Literatura Dramática y Teatro por la UNAM. Ganadora de la primera edición del Premio de Dramaturgia Joven Vicente Leñero, otorgado por la Secretaría de Cultura de la Ciudad de México. En 2017 obtuvo la beca Jóvenes

Creadores del FONCA. Es autora de obras como *No todas viven en Salem*, *Me sale bien estar triste, Piel de mariposa, Now playing, Humana y tradescantia,* entre otras. En 2022 coordinó el proyecto epistolar *Querido año veinte,* producido por TV UNAM y la Cátedra Ingmar Bergman. Su más reciente novela *La gira del Machu Picchu* fue publicada por la editorial EDELVIVES.

Laura Sofía Rivero (México)
Ensayista y docente. Estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la FES Acatlán de la UNAM. Ha obtenido el Premio Nacional de Ensayo Joven José Luis Martínez 2020 por *Dios tiene tripas* (FCE, 2021) y el Certamen Internacional de Ensayo Sor Juana Inés de la Cruz 2017 por *Tomografía de lo ínfimo* (CEAPE, 2017). Su más reciente libro es *Enciclopedia de las Artes cotidianas* (Ediciones Moledro, 2022). Ha sido becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas 2016-2018 y del Programa Jóvenes Creadores del FONCA en 2018.

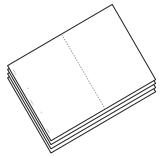
Ainhoa Suárez Gómez (México)
Doctora en Filosofía, maestra en Teoría Crítica por la Universidad de Kingston, y licenciada en Historia por la UNAM. Es docente del Instituto Mora y de la Universidad del Claustro de Sor Juana, además de bailarina de flamenco. Ha obtenido becas de excelencia de la Fundación UNAM-Alfredo Harp Calderoni, la Jóvenes Creadores del FONCA, la O'Gorman de investigación, entre otras. Forma parte del Colectivo TACo, equipo que investiga las confluencias entre arte, ciencia y cognición, y es colaboradora en la revista *Nexos*.

Rubén Pérez Buendía (México)
Doctor en Educación por la Universidad Federal Fluminense (UFF) Brasil, maestro en Educación por la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro (PUC-Río), sociólogo por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y especialista en Teoría de la Lectura por la Cátedra Unesco de Lectura PUC-Rio. Es profesor en la Escuela de Humanidades y Educación del Tecnológico de Monterrey, México. Trabaja en torno al libro y la lectura a través de temas como: formación de lectores y ciudadanos, bibliotecas escolares, políticas públicas de lectura y acompañamiento pedagógico a

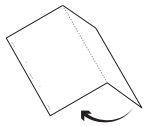
centros educativos. Ha publicado *La república y otras formas de gobierno, ¿Qué es el poder?*, *Mi voz en la democracia, La biblioteca escolar que necesitamos para apoyar el proyecto escolar*, entre otros títulos.

Bruno Velázquez Delgado (México)
Licenciado y maestro en Filosofía por la UNAM, con un Diplomado en Seguridad Nacional, Frontera y Migración en el ITAM. Fue analista de información en la Fiscalía Especializada para la Atención a los Delitos de Violencia en contra de las Mujeres de la PGR. Actualmente es profesor en la FFyL de la UNAM y en el ITAM, coordina la Cátedra Nelson Mandela de Derechos Humanos en las Artes, y colabora en el Programa Universitario de Derechos Humanos de la UNAM.

1. Imprime sin escalar en hojas tamaño carta por una cara.



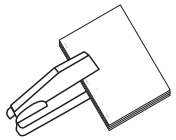
2. Dobla por la mitad en la línea punteada.



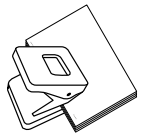
3. Apila las hojas dobladas.

4. Elige tu sistema de encuadernación:

· Engrapa sobre las líneas punteadas.



· Perfora y encuaderna con listón, estambre, poste de aluminio o broche de archivo.



· Sujeta con clip reversible metálico de 19 mm.

Dirección de la colección:
Socorro Venegas y Gabriela Gil

Coordinación y cuidado editorial:
Carlos Antonio de la Sierra

Diseño y formación:
Cristina Paoli · PERIFERIA

Primera edición: agosto de 2023

Los textos de Cuadernos Cátedras son publicados bajo la responsabilidad exclusiva de sus autores y sólo reflejan la expresión de sus opiniones.

D.R. © 2023 Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, 04510, Ciudad de México

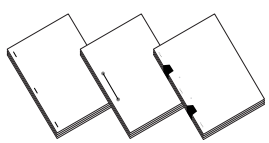
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

ISBN colección: 978-607-30-3932-1

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Hecho en México

5. Disfruta tu lectura y colecciona.



Haz uso consciente del papel. De ser posible, utiliza hojas de reúso e imprime sólo si deseas conservar el texto impreso.

Publicaciones & Fomento Editorial

Cátedra Extraordinaria Carlos Fuentes de Literatura Hispanoamericana

Cátedra JEP

Cátedra Bergman en Cine y Teatro

Cátedra Internacional Inés Amor en Gestión Cultural

Cátedra Extraordinaria Gloria Contreras En Estudios de la Danza y sus Vínculos Interdisciplinarios

culturaUNAM

UNAM La Universidad de la Nación